

CUANDO DIOS LLORA, BOGOTÁ SALTA

Por Diana Carolina Moreno

Pensar que una piedra pequeña, lanzada con fuerza, le había abierto la cabeza fue la primera reacción que tuvo David cuando sintió el dolor de un golpe directo, cerca de su oreja derecha. Ardía por el impacto y no lo calmaba el frío que llevaba soportando ya hacia más de media hora, cuando empezó a llover sin clemencia sobre los jóvenes que entraban a la apertura del mayor festival de rock latinoamericano. Se pasó la mano por el pelo y sintió con sorpresa la contextura helada y grumosa del granizo que inauguraba los siguientes veinte minutos de la única percusión que se escucharía en la apertura del más grande festival de rock en Latinoamérica: la del hielo.

Al evento no se podía entrar sombrillas y no había donde escudarse. Desesperados, corrieron hacia los carteles publicitarios de las esquinas y los levantaron como carpas de salvación pero el granizo no demoró en atravesarlos, dejándolos a todos despavoridos. Las chamarras de cuero eran tan inútiles como los plásticos de mil o dos mil pesos, que cubrían las espaldas y las cabezas, pero que no amortiguaban el incesante aporreo. Mirando al cielo, irónicamente observó como a pocas cuadras del parque, el sol se imponía majestuoso sobre Bogotá, pero era un rey impotente, pues ninguna esquina había escapado de la lluvia.

El sábado 3 de noviembre, hacia el medio día y sin mucha prevención, Bogotá sufrió una granizada histórica. En pocos minutos, unos setenta carros y varios buses se vieron estancados entre bloques de hielo y otros tantos fueron arrastrados entre ríos turbulentos de agua que la infraestructura de la ciudad no pudo soportar. Innumerables techos se derrumbaron en barrios como La Soledad, Teusaquillo y Santa fe. El tráfico era agitado y se desataba sobre la gente un pánico incontrolable. Los puentes de la calle 26 colapsaron, los sótanos se inundaron, hubo cortes de electricidad, se taponaron las cañerías y por ende, hasta tres metros de hielo llegaron a acumularse sobre las calles citadinas, decorándolas casi con un pretexto navideño, pero con un ambiente totalmente distinto.

Los rockeros se mantenían fieles a la espera de alguna noticia, saltando para calentar el cuerpo y buscando entretener la mente. Los impacientes encendían un cigarrillo tras otro. Una botella de Coca-Cola abandonada abrió un concurso de puntería entre los jóvenes que querían divertirse a costa de todo. Mientras que en las entradas del parque se enfilaban progresivamente más y más fans del rock, más de una decena de personas en estado de hipotermia fue evacuada en camillas. Dos horas después se anunció la cancelación del evento. Los jóvenes decepcionados se movilizaron en distintas direcciones. Unos llegaron hasta la avenida 68. Muchos de los presentes se rehusaron a salir enfrentando por consecuencia los bolillos y los gases lacrimógenos de la policía civil. Los gritos, las piedras y las ambulancias decoraban con sonoridad la revuelta permitiendo adivinar la situación a quienes estaban alrededor, pues la niebla separaba imponente todo lo que sucedía en la entrada del parque.

—A una niña la cogió un tombo a bolillo, el novio se metió a defenderla y lo cogieron entre seis. —Me comentó una pareja que venía de atravesar la espesa masa grisácea que nos impedía ver más allá de unos tres metros.

Tres hombres que, resignados, abandonaban el parque discutían sobre lo que ocurría:

—¿Por qué hacen eso? —se preguntaban como reclamando ante la terquedad de quienes produjeron los disturbios con la Policía

—Es que hay unos que vienen de otras ciudades, para esos, *la vuelta* es el doble-
Explicaba alguno.

—No, eso es falta de cultura— argumentó otro.

Los que caminaron por la calle 63, hacia el oriente de la ciudad, llegaron a la biblioteca pública Virgilio Barco donde se vivía un ambiente totalmente distinto, pueril y positivo. Mientras en gran parte de la ciudad se llevaban operaciones de rescate y auxilio para las víctimas de la tormenta, un tumulto de rockeros olvidó las guitarras, las chaquetas de cuero empapadas y las botas pringadas de barro para dejarse caer en el suelo dibujando angelitos como en las películas londinenses o para lanzarse en trineos improvisados con los tapetes de los carros y plásticos multicolores. No faltó el que reflexionó solitariamente fumando un cigarrillo, el que construyó hombres de nieve decorándolos

con elementos naturales; tampoco faltaron los que posaban para las fotos, tan alegres y familiares que daban la impresión de estar reviviendo su infancia. El resto se organizaron en equipos y se declararon en guerra de granizo. Era fácil diferenciar entre los curiosos de paso y entre quienes estaban allí por la sola razón del concierto aplazado; sus vestimentas los delataban: camisas negras y estampadas, jeans entubados, chaquetas ceñidas o de materiales pesados, el pelo alborotado o largo, gafas oscuras ochenteras, *piercings* y tatuajes. Pintas que en algunos casos parecían agresivas y contradecían el espíritu amable que se apoderó de una tarde poco convencional y bastante asombrosa.

Prolongándose con rapidez, en menos de media hora, el silencio se tomó al Simón Bolívar, preparándolo para el recital que todos esperaban con fuerza para la tarde siguiente.

Rock al parque es el concierto más grande del género en Latinoamérica, al aire libre y totalmente gratis. Lo organiza anualmente la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía de Bogotá desde 1995, cuando para fomentar la escena musical y la tolerancia entre los distintos sectores urbanos juveniles —bajo el gobierno de Antanas Mockus— se realizó simultáneamente presentaciones en la Plaza de Toros La Santa María, La Media Torta, El parque Simón Bolívar y el Estadio Olaya Herrera. De esta manera, el evento, que progresó y mantuvo su ideal de coexistencia, fue acogiendo seguidores fieles, apasionados.

Con estoicismo, los que asisten acostumbrados a las lluvias de la época se quejan de la fecha escogida. Antes de 1998, cuando Enrique Peñalosa fue elegido Alcalde Mayor de la ciudad, el concierto se realizaba en meses más cálidos, mayo y junio. En ese año, con el argumento de no ser prioritario para el desarrollo de la cultura en la ciudad, se planteó suprimir el concierto para invertir su capital en otras actividades. Los jóvenes indignados se opusieron y buscaron la consolidación del evento como parte de la identidad capitalina, causa de envidias tanto a nivel nacional, como continental.

Escampando

De lo que algunos llamaron, ironizando políticamente, “hecatombe”, sólo existía una evidencia: las hojas caídas sobre los andenes y sus correspondientes árboles desnudos. En el parque Simón Bolívar había dos tarimas montadas para el concierto: la de la plaza, el escenario principal, pavimentado, y la del lago, un campo abierto cuyos pastos estaban totalmente inundados, por lo que tuvieron que inhabilitarla.

La jornada del sábado, usualmente de géneros más fuertes como el metal, fue aplazada para evitar más contratiempos. El domingo a medio día todo comenzó normalmente. Esta segunda jornada es para géneros medios, desde el rock industrial o alternativo, hasta el punk. El horario modificado para sintetizar ambas tarimas logró organizar con tiempo suficiente la presentación exitosa de 11 agrupaciones, entre las cuales se destacaban los argentinos Catupecu Machu, los neoyorquinos Coheed and Cambria — que recientemente se habían presentado en el reconocido club Theatron— y un importante protagonista en la escena de rock colombiano: Ultragéno, que marcaba su regreso y daba el cierre del segundo día.

El ingreso fue fluido, sin duda, pero en él se reveló esa lucha permanente contra el ingenio y el rebusque nacional que sale a flote en estos eventos. Cualquier tipo de comercio distinto al contratado por los organizadores está prohibido, así como cinturones con chapas pesadas, sombrillas, cualquier objeto que sea o pueda ser cortopunzante. Por la calle 63, unos metros antes de la entrada al parque es un requisito quitarse los zapatos y las medias. Las mujeres y los hombres son separados en filas en las cuales caminan despacio, descalzos, hasta cruzar las barreras metálicas donde un oficial del mismo sexo se encarga de requisarlo antes de entrar. Para algunos, la requisa es excesiva.

Sin ningún tipo de conversación, una oficial se acerca a mí y toma mi cartera, abriendo cada uno de sus bolsillos. Decomisó los esferos que llevaba, le pregunté si no podría conservar alguno para escribir sobre el concierto, pero se negó y prosiguió a requisar mi chaqueta. Palpó todo lo que anatómicamente era posible. *“Levante los brazos, abra las piernas, suéltese el pelo, sacuda las medias, muestre los zapatos”*. Incluso pasó sus manos por mi cabello para asegurarse de que no traía nada escondido en él. Cuando

llegó a mi celular, me pidió que lo abriera y que le retirara la pila. No contenta aún, siguió con mi billetera. Para ese momento mi acompañante llevaba veinte minutos esperándome. Los hombres parecían avanzar mucho más rápido que las mujeres. Cuando pasé la requisita me puse los zapatos y una vez adentro observé cómo, para la gran cantidad de vendedores que había adentro, la seguridad no era más que un bufón fatigado. El mercado ofrecía desde *cheetos* hasta alucinógenos incluyendo minutos a celular, maní, galletas, dulces, trago y la omnipresente marihuana. ¿Cómo hicieron para ingresar tanta mercancía? Atravesaron la entrada con rapidez, aprovechando el tumulto se saltaron las requisitas, y lanzaron sus bolsas llenas de mercancía a través de las rejas; algunos hasta habían negociado con uno que otro en seguridad. A veces el mismo personal se encargaba de ingresar y vender los comestibles: “*Tuvimos que decomisarle a unos de logística puras botellas de guaro que andaban vendiendo*”, me dijo uno de los policías.

Un hombre despreocupado que se acercaba vendiendo cigarrillos de marcas diversas a precios más altos de lo común, como todo lo que se vendía, me respondía con orgullo la forma en la que había entrado sus provisiones:

—“Cabeza, papá, cabeza”. Pasé la maleta normal. Traigo una carpa, como si viniera de otra ciudad y adentro las cosas.

Y es que es cierto que la devoción al evento es tan grande, que muchos vienen de Medellín, Pereira, Cali, Bucaramanga y demás ciudades del país sólo para escuchar las bandas que se presentan durante los tres días que dura rock al parque.

En la plaza, el escenario principal del Simón Bolívar, había graderías en ambos lados, ornamentadas con carpas rojas, en la tarima había instaladas enormes pantallas, y entre el público se desplegaba una pluralidad extraordinaria de preferencias, de modas y de vida. Cerca a mí se sentó una mujer, medía un poco más de metro y medio y no parecía tener más de 20 años. Traía un mohicano casi tan grande como ella pintado de un azul llamativo y de apariencia rígida.

— ¿Cómo logró parar la “cresta”? —le pregunté.

- ¿Por qué parcerera, o qué?
- No, curiosidad, nada más.
- Pues, estas las para una parcerera mía ¿Si me entiende? ¿Por qué? ¿Se va a hacer una?
- Puede ser, aunque no creo ¿Pero cómo la pararon? —insistí en mi pregunta.
- Jabón Rey y peinilla; todo bien, yo le busco a mi parcerera para que se la haga

Pero no volvió a aparecer.

En la parte posterior de la plaza, cerca de las potentes torres de sonido instaladas para que todo el mundo alcanzara a oír el concierto, un hombre alto de chaqueta de cuero marrón, mochila y pantalón camuflado se comporta como todo un bailarín. Tendría unos 29 años y podría ser fácilmente un corógrafo jamás descubierto o un *superman* incomprendido. Luce una capa ecológicamente construida a con bolsas impermeables. En el tumulto hay un grupo de personas que salta y grita en coro: “¡Los de Bucara, Los de Bucara!” y no muy lejos un hombre lánguido de unos 35 años da la bienvenida al parque mientras salta al estilo sesentero con la bandera colombiana, muy visible, adherida a su cachucha. Viste de blanco de pies a cabeza. Diagonal a él, tres o cuatro personas forman un círculo para jugar el deporte oficial del concierto por excelencia, el dinámico *Fuchi* o *footbag*.

Violencia al parque

La diversidad sobrecoge, impresiona, pero la convivencia absoluta sigue siendo un ideal del evento, la utopía de la ciudad, el camino por recorrer. Hacia las cuatro de la tarde, como matando el aburrimiento por la banda de paso veinte o treinta personas, se forman y marchan. Avanzan con firmeza, con la cabeza en alto, mirando atentamente alrededor, alzando el brazo derecho como en las manifestaciones políticas, gritando al unísono, buscando presas, “¡Emos, Emos, hijueputas! ¡Emos, Emos, hijueputas!”¹. Buscaban una presa.

¹ En 2006 muchos *emos* salieron lastimados de Rock al Parque, y un gran número de seguidores de esa moda ya no asistieron este año. Otros tantos procuraron no vestirse ni peinarse del modo característico en que este grupo lo hace: se visten de negro y fucsia, llevan el pelo liso y peinado de lado y tienen conductas auto lesivas.

Sintiéndose perseguido, y tal vez sin siquiera pertenecer a dicho estilo, un joven que estaba sentado en el costado derecho de la plaza, cerca de las carpas de comida, salió a correr cuando vio que se abalanzaban sobre él. Nadie se movía. Mientras lo golpeaban, aterrado y sin mucha escapatoria atravesó la plaza y subió la gradería occidental. El torbellino que venía persiguiéndolo parecía alimentarse de bestias antropófagas que, para sumar a su angustia, eran mucho más altos que él. Los espectadores estaban anonadados, murmuraban frases funerarias y observaban, con curiosidad y morbo, como la jauría daba alcance al joven desesperado. Para ese momento, ya había una barrera de oficiales dispuestos a enfrentarlos. El concierto se detuvo temporalmente, pero volvió a reanudarse sin que mediara mucha insistencia del público y los perseguidores volvieron a integrarse entre la gente. La siguiente banda subió al escenario sin más contratiempos.

Hacia las siete de la noche le pregunté a un grupo de policías si había tenido muchos problemas:

—Sí, pero ya estábamos prevenidos, afuera tenemos refuerzos y nos dijeron que esperan más problemas a la salida —me cuenta uno de los policías—. Es muy difícil para nosotros, la mayoría de los que estamos acá somos auxiliares y la gente no colabora. Esto es un mierdero.

Luego señala a unos jóvenes que apenas a unos metros de distancia se abrazan con botellas de licor.

—Esos dos están idos y nosotros no podemos hacer nada. Va uno a decirles algo y se paran todos los que vienen con ellos. Acá todo el mundo jura que nosotros somos los malos, pero es nuestro trabajo, cumplimos ordenes, también es por el bien de ellos.

Pero, ayer escuché la historia de una niña a quien un policía cogió a bolillo y cuando el novio la defendió, seis policías lo atacaron devuelta.

—Se miran entre ellos y me dice: Ah, sí, algo escuchamos, es que también hay unos (policías) que son muy pasados.

Nada de lo que ocurre es nuevo. Si bien el evento siempre ha tenido bemoles como el de la violencia entre tribus urbanas o la incesante venta de marihuana (que curiosamente es más barata que los cigarrillos) lo que predomina ante cualquier otro sentimiento son la pasión y la euforia musical. Todos cantan, gritan, saltan, bailan y disfrutan de sus bandas favoritas sin importar las diferencias, ni las tristezas o las burlas crueles del clima. Rock al parque refleja energía, implica arte y ante todo si no bien la convivencia, la búsqueda de tolerancia.

Lunes festivo

La noche del domingo culminó tranquilamente y el lunes, con el sol, empezó la última jornada del concierto. Géneros como el rock alternativo, el reggae, el funk y el pop-rock se adueñaron de la tarima. Son tendencias musicales distintas y las vestimentas de los asistentes eran diferentes a las de los días pasados. Ya no predominaba el color negro, el aire rockero quedaba a un lado y el ambiente adquiría matices alternativos, aunque igualmente apasionados, cargados del vigor y la emoción de las bandas. El lunes 5 de noviembre ambas tarimas fueron habilitadas y 24 agrupaciones pudieron presentarse. Grupos como Alerta, Bajo Tierra, Los Amigos Invisibles, The Hall Effect, Sidestepper y superLitio se llevaron todos los aplausos.

Los objetivos y las reglas de Rock al Parque fueron resumidos en el *Credo de Rock al parque y los 13 mandamientos del distrito rock* anunciados durante los intermedios con una voz casi eclesial. El lema era claro:

Me gozaré Rock al Parque. Es mi música. Es mi cultura. Es mi derecho y de quienes están conmigo. Cantaré, brincaré y me contagiaré de la alegría colectiva. Es mi derecho y de quienes están conmigo. Acataré las normas de seguridad y señalización y colaboraré con la organización del Festival. Informaré cualquier irregularidad a las autoridades

Hacia las seis de la tarde el Parque Metropolitano Simón Bolívar estaba lo suficientemente lleno como para que al verlo de lejos se apreciaran miles de hormigas revoltosas que se movían de lado a lado con la música. El grupo colombiano The hall effect, renombrado durante el año por participaciones en conciertos como el de la diva

Gwen Stefani, había terminado su presentación en el escenario lago y una masa indefinida se transalaba por el camino lodoso que aun transcurría entre una tarima y la otra.

Ante el consumo de sustancias de un grupo de jóvenes, dos oficiales se acercaron y riñeron con ellos. Los jóvenes se levantaron y golpearon a los oficiales apoyados por un barullo incontrolable. En cuestión de minutos un grupo antimotines los aplacó. Una piedra golpeo contra los escudos y las personas que apenas podían movilizarse dentro de la plaza principal corrieron inútilmente. Poco a poco la plaza fue tomando un aura de confusión e incomodidad. Una oleada de olor metálico recorrió el lugar y los que seguían presentes sintieron el ardor desesperante de los gases lacrimógenos. Lagrimeando y con paciencia los síntomas desaparecieron.

Para las siete de la noche, todo parecía olvidado. Bajo Tierra fue un éxito y los venezolanos Amigos Invisibles fueron un puente de alegría, de energía positiva que invadía el concierto. El clímax apareció con los colombianos Aterciopelados, que varias veces se han presentado en Rock al Parque y que a su vez se lanzaron desde esta plataforma.

En las últimas horas del concierto comprendí la grandeza del evento. Para el que adora la música, las notas se adhieren a la piel, se introducen en el ser y prenden dentro del cuerpo el fuego de la danza, la energía renovadora que elimina por un momento cualquier problema. Es un canalizador alternativo al mundo real, es un momento ideal para gritar sin lastimar, para abrazar y reír, para olvidar el ser juzgado y compartir. Rock al parque es el festival más grande en Latinoamérica no sólo por los numerosos artistas y asistentes, por el éxito de sus presentaciones, por su duración o el no tener precio alguno. Rock al parque es el más grande porque es reflejo de la juventud y de la pasión que recorre sus venas, del derecho a la libre expresión y la cultura, de la lucha por la tolerancia, del proceso de una ciudad tercer mundista que es sin duda maravillosa, del crecimiento ciudadano de sus habitantes y de la creación de actividades que impulsan el advenimiento de una nación: La nación rock.